

XXIII

Al amanecer del siguiente día llegamos á Motril, población absolutamente indefensa. Allí dejamos los heridos, y el General pudo á duras penas recaudar ocho mil duros en libranzas sobre Madrid, que á mi parecer fué como llevarse papeles mojados. Por la tarde salimos para Málaga. El tiempo cambió, presentándose un Poniente ligero. La fragata embestia la mar con lentas cabezadas. Entrada la noche, dejamos de ver las luces de la *Vitoria*, que se fué quedando atrás, demostrándonos la impericia del marino que la mandaba. Hicimos señales y moderamos máquina, sin conseguir que nos siguiera en conserva.

Amanecía cuando divisamos dos fragatas. Creyendo Contreras que eran del odiado Gobierno Central y que venían en son de guerra, mandó tocar zafarrancho de combate. Pronto se vió, con ayuda de los anteojos, que una de las fragatas arbolaba bandera inglesa y la otra prusiana. Ya nos disponíamos todos á desplegar nuestros ímpetus heroicos, cuando nuestro General ordenó la prudencia. De improviso, la fragata germánica disparó un cañonazo con bala, que pasó rozando una de las vergas de nuestro palo trinquete.

Paramos. Contreras pidió parlamento y mandó á conferenciar con el alemán á su ayudante Rivero. Pronto volvió éste con un

pliego que contenía dos órdenes harto molestas: que los barcos cantonales volvieran á Cartagena inmediatamente, y que nuestro General en jefe pasase sin demora á bordo de la *Federico Carlos*. Accedió Contreras á lo que se le pedía, y ya en el barco alemán fué maltratado de palabra por el Comodoro Wernell, que le conminó con ahorcarle como pirata. Contestó nuestro General con tanta dignidad como aplomo que, por el interés de su patria y por evitar una conflagración europea, soportaba resignado el atropello de que se les hacía víctimas á él y á los suyos, protestando enérgicamente del calificativo de piratas, que no merecían en modo alguno las honradas fuerzas cantonales. Como le inculparan de haber hecho fuego contra Almería, alegó que lo hizo porque aquella plaza estaba defendida por fuerzas militares, y previo aviso á los Cónsules extranjeros.

A las seis horas apareció la *Vitoria*. Preguntaron los alemanes á Contreras si esta fragata haría fuego contra ellos, y don Juan contestó que fuego harían si él lo mandaba; pero que reservaba sus fuerzas para combatir al Gobierno de Salmerón. Volvió el General á bordo de la *Almansa*, y ordenó que las dos fragatas cantonales hiciesen rumbo á Cartagena. La *Vitoria*, por si y ante sí, tocó á zafarrancho tres veces. La fragata inglesa la intimó á seguir su rumbo. Contestó la *Vitoria* por el telégrafo de señales: *No me da la gana*, y trató de lanzarse á toda máquina, en son de abordaje, contra el barco inglés. Este, con

rápida maniobra, evitó el choque. Entonces, la *Almansa* ordenó por telégrafo á su compañera que evitase un conflicto.

A consecuencia de esto, el Comodoro Wernell, creyendo que Contreras había faltado á su compromiso, volvió á cogerle prisionero y se lo llevó al *Federico Carlos*, donde se trabaron en disputa muy agria. Pensó Contreras que el asunto ya no debía plantearse entre caudillos, sino entre caballeros, y desafió al Comodoro, retándole á dirimir oportunamente sus querellas en el campo del honor.

Cerrada la noche, con Poniente leve de popa navegábamos cariacontecidos hacia Cartagena, lamentando el fracaso de la expedición. Muchedumbre de luces nos indicó la presencia de una escuadra: era la inglesa. Nueva parada y parlamento. El Almirante inglés nos dijo que nos detuviéramos en Escombreras, que las tripulaciones podrían entrar en la Plaza; pero que el General Contreras quedaría en rehenes hasta que se recibieran instrucciones de los Gobiernos inglés y alemán... Hartos ya de humillaciones, y con las manos vacías, llegamos á Escombreras el 2 de Agosto.

La *Vitoria*, enterada de la prisión del General, intentó entrar en Cartagena y atacar á los barcos extranjeros, protegida por los fuegos de los fuertes. Desistió de su empeño por no exponer las vidas de los ochocientos tripulantes de la *Almansa*, la cual, por ser de madera, no estaba en condiciones para afrontar los riesgos de una lucha. Una Comisión

del *Gobierno Provisional* de Cartagena, con los Cónsules extranjeros, menos el francés, pasó á bordo del *Federico Carlos* para pedir al Comodoro explicaciones de su conducta. Wernell se justificó diciendo que cuanto había hecho tuvo por causa el bombardeo de Almería, y se negó á poner en libertad á Contreras.

Cuando se conoció en Cartagena lo manifestado por el Comodoro Wernell produjo, según me contaron luego, inmensa emoción. El *Gobierno Provisional*, reunido en sesión permanente, debatió la conducta que procedía seguir ante tan grave conflicto. El cartero Sáez, gobernador del castillo de Galeras, pidió que se rompieran las hostilidades contra el imperio Alemán, actitud temeraria que el joven Cárceles defendió con verdadero frenesí.

Todo aquel día y el siguiente el pueblo invadió las calles pidiendo, con destempladas voces, la guerra á todo trance y asegurando que así había de ser aunque fuera preciso sobreponerse para ello *al Gobierno, á la Junta y á Cristo Padre*. Acordada, al fin, la ruptura de hostilidades se alistaron á toda prisa las fragatas *Numancia* y *Méndez Núñez*, las cuales, por la impericia de sus tripulantes, embarrancaron á la salida del puerto y costó Dios y ayuda ponerlas á flote. Preparáronse los barcos extranjeros para repeler el ataque. Los vecinos pacíficos se ausentaron de la ciudad.

Siguieron los tratos y regateos. Volvió Roque Barcia á bordo del *Federico Carlos* y le

soltó al Comodoro un discurso bíblico profético; pero el alemán no le hizo caso ni entendía una palabra de aquella jerigonza. Sólo se consiguió que pusiera en libertad á las tripulaciones y soldados de la *Almansa* y la *Vitoria*.

Nuevos dimes y diretes entre la Plaza y los extranjeros dieron por resultado que éstos prometieran observar neutralidad en la lucha entablada por el Cantón contra el Gobierno de Madrid. El General Contreras, que en el *Federico Carlos* tenía que dormir en un colchón colocado en el suelo del camarote, porque su voluminoso corpachón no cabía en la litera, fué puesto en libertad el 7 de Agosto... La fragata alemana abandonó las aguas de Cartagena, dejando en poder de los ingleses la *Almansa* y la *Vitoria*.

Quando puse el pie en tierra, creo que el 4 de Agosto, ante una multitud inquieta y gemebunda, la primera persona conocida que me eché á la cara fué Dorita, la cual, con lastimero acento, me dijo que Fructuoso estaba herido en la cabeza y en una pierna, de resultas de un tiroteo en Orihuela, á donde fué con *Tonete* para sublevar la ciudad y traerse las contribuciones. «Venga usted á verle—me dijo tirándome del brazo.—En casa le tenemos. Aunque sus heridas no son cosa mayor, se queja con grandes alaridos de la soledad, del aburrimiento y de no poder salir por el dolor de la pata.»

Olvidándome de mí propio y del descanso que necesitaba, acudí á ver al amigo, á quien

encontré en la casa de marras, tendido en un camastro. Las tres silfides dábanle asistencia cariñosa, y el *tiqui-tiqui* de la máquina de coser le servía de arrullo para sostener su cerebro en la dulce modorra, ayudándose á ello con sorbitos de ron, según tuve ocasión de observar. Mucho le animó mi visita. Incorporándose en el lecho me contó que se había unido á la expedición de Gálvez á Orihuela, con Pernas, Carreras y Perico del Real, que mandaban fuerzas de Mendigorría, Iberia y Voluntarios de Murcia. A meterse en tales andanzas le había movido la curiosidad más que el apetito de gloria. Los pijoteros laureles que recogió fueron la rozadura de una bala en el cráneo, y el estropicio de la pierna al caerse de una pared. Ved aquí el relato del asendereado telegrafista:

«¡Ay Tito de mi alma, ni á ti ni mí nos llama Dios por el camino heroico!... Verás: llegamos á Orihuela al amanecer del 31 de Julio, y cádate que en los alrededores de la ciudad nos esperaban cien carabineros á caballo, en la plaza ciento ochenta guardias civiles, y muchos más en las calles y en diferentes casas. A los carabineros pudimos fácilmente cercarlos, y se nos rindieron á discreción diciendo para salvar la pelleja: ¡*Todos somos unos!* Con ellos se entregaron varios oficiales de bigote de moco y un capitán con toda la barba.

»En la plaza fué más dura la refriega. El Brigadier Piñeiro, Gobernador militar de Alicante, dió la voz de *¡fuego!* á la Guardia ci-

vil. Se trabó la lucha. Gálvez, que donde pone el ojo pone la bala, tumbó la mar de civiles. Por fin quedamos dueños del campo, sin más pérdidas que un soldado muerto y dos heridos. La baja más sensible fué la mía, Tito, y gracias que la bala no hizo más que rozarme el casco por encima de la oreja. Las averías de la pierna me las causé en un arrebato épico, tirándome de un muro para ponerme á salvo del plomo enemigo. Total, que los vencí, digo, los vencieron Gálvez y los valientes Pernas, Carreras y Perico del Real. Cinco guardias del bando contrario pasaron á mejor vida. Apresamos catorce civiles y cuarenta carabineros. Los demás pusieron tierra por medio más que aprisa, y los triunfadores nos volvimos á casita, todos muy contentos, yo renegando.

—¿Y no trajisteis *monises*?

—El carrero del furgón en que yo venía como un fardo me dijo que se habían *recaudado* diez y seis mil duros. Pero como no los conté, ni siquiera los vi, no puedo darte recibo de la cantidad.»

Cuando yo me marchaba entró Cárceles, que ya por la mañana estuvo á visitar á Fructuoso en calidad de presunto doctor en Medicina. Las muchachas le saludaron con alegre algazara y él, tan vivo y diligente en la acción médica como lo era en la revolucionaria, levantó á Manrique los vendajes de la pierna, le puso emplastro nuevo, y después de examinar la matadura de la cabeza le dijo, dándole palmaditas en un hombro: «Lo que

tú tienes es holgazanitis, fomentada por el extracto de la uva. Levántate, gandul, y vete al Telégrafo y á la redacción de EL CANTÓN, donde no te faltará tarea.»

Preguntado por su reciente aventura, nos dijo Cárceles: «Nada; que salí pitando para Valencia con el tapadillo de prevenir á los federales de allá para que se aguanten contra las tropas de ese perro de Martínez Campos, hasta que les llegue un refuerzo de seis mil ombres que aquí se les prepara... En la fonda de Chinchilla me prendieron y me llevaron á la tierra de las navajas, Albacete. Enchiquerado en el Gobierno civil de aquella ciudad concebí el atrevido proyecto de escapar, y tal como lo pensé lo hice tranquilamente. Al venirme acá encontré por el camino las tropas de Iberia mandadas á rescatarme. Nada; que ya estoy otra vez en Cartagena, dispuesto á pelearme con Dios si no hay aquí sentido y agallas para sacar adelante á nuestro Cantón glorioso.»

Salí con Cárceles y le acompañé hasta la redacción de EL CANTÓN MURCIANO. Cuando ya iba camino de mi fonda sentí detrás de mí un siseo penetrante. Volvíme... ¡Oh sorpresa!... era *Graziella*, que me echó la zarpa diciéndome: «¿Dónde te metes, pillastre, que te estoy buscando toda la mañana? Vente conmigo. La Señora te aguarda... ¿De qué te asombras? ¿Qué cara de bobo es esa? Menéate, avefría, que hay que andar un trechito.»

Dejéme llevar, poniendo mi paso al compás del suyo ligerísimo. Salimos al muelle,

y rondando el puerto llegamos al barrio de Santa Lucía. Próximos á las primeras casas tuve que pararme para tomar aliento: tal era la velocidad con que me llevaba la diabólica hembra. Atormentado por dudas punzantes, le pedí seguridades de que aquello no era una burla. ¿Por ventura quería reventarme llevándome á una regata de andarines? «Anda, mostrenco, sigue—me dijo,—no te pares... no vaya á escapársenos la Señora.»

—Allá voy, allá voy—dije yo moderando el paso y aspirando el aire espeso y puro que venía del mar.—Yo te sigo, *Graziella*; pero no extrañes mi desconfianza. ¿Cómo es posible que en este arrabal apartado, donde no viven más que pescadores pobrísimos, cargadores del puerto y obreros de la fábrica de Figueroa, tenga su residencia la que por su jerarquía y su divinidad está por cima de todas las princesas del mundo? Si quieres que te crea, señálame desde aquí los muros y chapiteles del Palacio donde...

—A ti sí que te voy á dar yo chapiteles—replicó *Graziella*, acentuando sus palabras con risas y un regular bofetón.—Ven acá, babeiaca; voy á enseñarte los palacios donde hallarás á la que es Madre tuya y mía y Maestra de todo el género humano.»

Cogido del brazo me llevó por delante de unas casas humildísimas, fronteras al puerto. Mujeres en pernetas y chiquillos casi desnudos hormigueaban en los sitios de sombra, aspirando la frescura salina de la mar. Llegamos á una casa de apariencia menos hu-

milde, con balconaje de madera del cual pendían redes, en cuyas mallas lucían algunas escamas de los peces recién cogidos en ellas. La puerta era grande, y á un lado y otro se extendían poyos, en los cuales se sentaban hombres y mujeres de distintas edades y de aspecto mísero. Las paredes relucían con el nítido albor de la cal. Quebraban á trechos la blanca una jaula con jilguero, otra con mirlo, y en la parte más alta dos ó tres ventanas de desigual forma y tamaño. En la una colgaban ristras de ajos y cebollas, en la otra unos trapos puestos á secar.

Junto á la puerta vi una mujer friendo *aladroque* (que en Málaga llaman boqueros) en una gran sartén, montada sobre hornilla de barro... Otras mujeres preparaban los pececillos, envolviéndolos en harina y juntándolos por la cola en forma de abanico. Chicos y mozuclas recogían la fritanga, unos para comérsela y otros para repartirla entre personas que estaban dentro y fuera de la casa. *Graziella* se paró ante el grupo y dijo con inocente sencillez: «Buenas tardes.» Eco de ella fuí yo, repitiendo el *buenas tardes* con el acento más candoroso. Una voz dijo: «Adelante, caballero.» Miré, y vi á *Mariclio* sentadita en el portal, á corta distancia de la freidora.

XXIV

Corrí hacia la Madre y le besé las manos... La emoción no me dejó articular palabra. El rostro de *Mariclio* era el mismo que vi y adoré en las postrimerías del reinado de don Amadeo, y así la faz como la figura reproducían la Musa de mi sueño mitológico en el viaje subterráneo, pero dignamente avanzada en la madurez fisiológica. Era una Matrona que disfrazaba su majestad con la pobreza del indumento. Vestía una limpia falda de percal con remiendos, y una blusa oscura sobre la cual cruzaba un tosco pañuelo de colorines. Calzaba medias azules y alpargatas valencianas con cintas negras. A su lado y tras ella se sentaban mujeres de variada estampa, todas de clase marinera, y algunos viejos. Uno de éstos, el más próximo á la *Madre*, me pareció poco menos que centenario. Quiso el tal apartarse para dejarme sitio, pero *Mariclio* no lo consintió, y mandando traer una banqueta me hizo sentar frente á ella, tocando mis rodillas con las suyas.

«Ya tenía ganas de verte, Tito—me dijo con aquel acento de cuya grave dulzura no puedo dar idea.—Aquí me tienes alojada en esta casa humilde y entre esta buena y honrada gente. Arriba ocupo una magnífica estancia, muy holgada y cómoda, con vistas al puerto. Es mi delicia ver desde el balcón

la entrada y salida de los barcos mercantes y de guerra. Desde allí atisbo también la ciudad, y veo cuanto en ella ocurre. Ya sabes que mi vista es tan larga como mi pensamiento... Algo tendrás tú que contarme, yo á ti también. Ya hablaremos.»

En esto se acercó *Graziella* con un plato lleno de racimitos de *aladroque*, recién salidos de la sartén, y lo puso en las manos de la Madre. Esta presentó el plato al anciano que á su lado tenía, diciendo: «El primero que ha de catarlo es mi amigo Juan El Cano.» Resistióse el ancianito, y *Mariclio*, echándole cariñosamente un brazo por los hombros, agregó: «Tú, tú por delante. Donde tú estés serás siempre el primero... Querido Tito, acércate á este hombre venerable y besa su mano flaca ya, pero todavía vigorosa. Aquí donde lo ves estuvo en la de Trafalgar.»

Saludé al veterano con la veneración que merecía tal reliquia de los tiempos heroicos. Cogido por el viejo el primer abanico de boquerones, todos le secundamos, comiendo con gran apetito y alegría. La Madre me dijo que ya que merendaba con ella, no me soltaría hasta después de cenar. Las comadres y marineros allí presentes dieron broma al anciano por el trabajo que le costaba masticar el *aladroque*, y alguno se condolió de su extremada senectud.

Revolvióse un tanto engallado el viejo, y les dijo: «Ea, no carguen tanto en la cuenta de mis años, pues, gracias á Dios, no he llegado á los noventa. (*Risas.*) No se rian:

ochenta y nueve cumplí el 12 de Junio. Todavía puedo..., todavía soy hombre para cuanto las señoras quieran mandarme. (*Más risas.*) Y sepan que bien guapo era yo cuando embarqué en el *Nepomuceno* el 1.º de Octubre del año 805. El día de la tremenda batalla con el inglés, día 21, nuestro comandante Churruca y yo caímos heridos al mismo tiempo: yo sané, y aquel grande hombre murió. ¿Verdad, *señá Mariana*, que habría sido mejor que yo me fuera á pique y don Cosme se salvara? Yo he vivido desde entonces sesenta y ocho años sin servir para nada, y él ¡qué hubiera hecho si viviera!

—Eso no es cuenta nuestra—dijo *Mari-celio*.—Dios sabe cuándo ha de dar y quitar la vida.

—Pues yo le digo á Dios—replicó el viejo blandiendo como espada su mano temblorosa—que los hombres valientes no deben morir hasta que se caigan de viejos.

—Los valientes, amigo El Cano—dijo la Madre,—son los más solicitados por la muerte... Ya viste que también murió Nelson.»

Gruñó el viejo mirando al suelo, y apenas le oímos medias palabras rencorosas. Pero el mal genio se le pasó cuando empezaron á repartir copas de un vinillo blanco, transparente y fino. Una vez que remojaron todos el *aladroque*, la Madre se levantó requiriendo mi brazo para que fuese con ella á su habitación alta, pues quería hablar conmigo despacio y á solas. Subimos por una escalera de palo, que gemía como si le doliesen todas las

coyunturas ó acoplos de su viejo maderamen. La estancia donde moraba *Maricelio* era grande, limpia, con jalbegue reciente y muebles primitivos. Llevóme al balcón, y sentados frente al espléndido panorama del puerto, me habló de esta manera:

«Querido Tito, te mandé á la correría de Contreras por el Mediterráneo para que vieras por ti mismo la incapacidad de esta gente. Ya te habrás convencido de que nada valen los corazones valientes si las cabezas están vacías. Contreras no hizo nada de provecho, y de añadidura le quitaron las fragatas, que sabe Dios cuándo volverán á manos españolas... El arrojó de Gálvez en Orihuela, ¿qué consecuencias ha tenido? El menguado provecho de recoger algunos cuartos, y el enorme perjuicio de irritar á los pueblos cercanos y enemistarlos para siempre con este Cantón.

»Al llegar aquí los prisioneros de Orihuela los llevaron al navío-pontón *Isabel II*, y en él fueron atendidos y agasajados en la forma más cristiana: eso está muy bien. Por la tarde les visitaron el Brigadier Pozas y el mirífico evangelista Roque Barcía. Este les largó un discurso, que fué como un pedacito del Pentateuco, y llorando les abrazó uno á uno, y aun creo que les bendijo, prometiéndoles la próxima entrada en el Paraíso Federal. Tanto sentimentalismo me parece de muy mal agüero. Creen estos inocentes que las revoluciones se hacen con discursos frenéticos, con abrazos fraternales, con

vivas estrepitosos y cantinelas optimistas.

»Cuando esto empezó me agradaba la rebeldía garbosa, el desprecio del Gobierno Central, que por más que se disfrace con arreos y colorines democráticos es siempre una enredosa oligarquía. Pero ya se van desvaneciendo mis ilusiones. Estos caballeros habrían sido aniquilados si no dispusieran de una plaza fuerte tan considerable como Cartagena. Por el resguardo que les da la Naturaleza sostendrán su tinglado algún tiempo, hasta que el Gobierno de Madrid acabe de salir de su desmayo y concierte los resortes de la unidad. No sé si sabes que el General Pavía ha sometido á los federales de Sevilla, después de meter en cintura á los de Granada, y ahora irá contra los de Córdoba. Sobre Valencia está Martínez Campos, hombre que sabe bien su obligación. El dará buena cuenta de *El Enguerino* y de sus diez mil Voluntarios alocados. Todavía arde el rescoldo cantonal en Vinaroz, Castellón, Béjar, Cádiz, Sanlúcar y otros muchos pueblos; pero ya se irá apagando. Estos incendios no se apagan con agua, sino con leña... La idea federal es hermosa; es mi mayor encanto, la ilusión de mi vida en esta y en todas las tierras que visito. Pero dudo ¡ay! que pueda implantarla de una manera positiva y duradera un pueblo que ayer como quien dice ha roto el cascarón del absolutismo.

—Verdad es cuanto dices, Madre querida—repliqué yo.—El federalismo nos vino aquí de aluvión, salido del cerebro de un

hombre de extraordinario talento. A todos cautivó este ideal por su grandeza, sin que llegáramos á penetrar las condiciones externas y materiales que son precisas para llevarlo á la práctica. Es como un bien caído del cielo; lo admiramos y celebramos sin saber qué tenemos que hacer para disfrutarlo.

—Tú y tus coterráneos no lo conocíais; yo, por mi calidad y el oficio que me da nombre en toda la tierra, lo conocí en tiempos muy remotos, casi en los días en que mi padre Júpiter nos dió la existencia á mis ocho hermanas y á mí. Eramos nueve jovencuelas lozanas, frescas, hermosas, ávidas de esparcir por el mundo toda la gala de las artes colmándolo de felicidad y contento, cuando pude ver cómo se formó la maravilla del *Anfictionado de Tesalia*. La fecha es bastante lejana, Tito. Hablo de tiempos muy anteriores á la guerra de Troya.

»En un extenso y fértil territorio, que cerraban por Norte y Sur elevados montes y por Este y Oeste los mares helénicos, existían varios pueblos ó nacioncitas independientes. No siempre reinaba la paz entre ellas, y á las veces se entretenían en guerras crueles por un quitame allá esas pajas. Unos eran pastores, otros labraban la tierra; éstos criaban los mejores caballos que en Grecia se conocieron, aquéllos tejían el hilo y la lana, ó se dedicaban al trajín comercial y á la navegación. Cada uno de tales pueblos, en el curso de la vida, fué comprendiendo que sería más fuerte ligando su parti-

cular interés con el interés del pueblo inmediato. Aquí tienes el pacto federal. Dado el ejemplo por dos pueblos, fueron entrando los demás en la misma concordia, y al poco tiempo todos hallaron el vínculo común de un provecho elemental, que sirvió de aglutinante para amalgamar diferentes Estados débiles en un gran Estado poderoso.

»Aquella gran federación ha tenido muy pocos imitadores, y cuando te lo digo yo que tanto y tanto he visto, bien puedes creerlo... ¿Piensas tú que puede establecer sólidamente este bello régimen un país que hasta hace cuatro días no ha conocido la libertad, una raza que aun siendo heterogénea ha vivido amamantada con la leche de la unidad, y aún se adormece en el regazo de la nodriza? Considera lo que pesan sobre tu país el Catolicismo y eso que llamáis el Papado, las viejas rutinas monárquicas, y los enormes intereses inseparables de estas abrumadoras máquinas sociales. Tú, que no puedes traspasar los límites fisiológicos de la existencia humana, no verás realizado el ideal federalista en toda su pureza; yo, que soy vieja eterna, espero ver algún día... algún día, triunfante y dichoso el *Anficionado Español*.»

Terminada esta encantadora conversación, que elevó mi espíritu dejándome como en éxtasis, la Madre mandó que sirvieran la cena, y sentó á su mesa al marinero de Trafalgar, á otro viejo menos viejo, á dos mujeres y á mí. Frugal fué la cena, dominando en ella los condimentos de pescados sabrosos

de fácil digestión. Exquisitas frutas y un vinitillo levantino, claro, de ese que llaman *ojo de perdiz*, completaron el festín modesto. Hablóse de diferentes temas: cada cual, según su condición y estilo, hacia la crítica del Cantón, considerando á éste como potencia marítima.

El ancianito de Trafalgar aseguró que la *Tetuán* y la *Méndez Núñez*, aunque les metiesen en las calderas todo el fuego del Infierno, no andarían más de cuatro ó cinco nudos. Para nada servían como no fuera para irse á pique. El viejo menos viejo, que era hijo del veterano de Trafalgar, dijo que había hecho toda la campaña del Pacífico en la *Numancia*, y que á esta fragata la quería como á las niñas de sus ojos. «No hay otra como ella en la mar—exclamó con tanto cariño como si hablara de su familia.—Si algún día me *ajogo*, déme Dios el gusto de *ajogarme* en ella.»

Sólo éstos y otros rasgos salientes de la conversación quedaron grabados en mi memoria. Lo demás se borraba apenas oído. El torbellino de pensamientos que levantó en mi cerebro la evocación que hizo *Mariclio* del federalismo helénico, me aislaba de aquella charla familiar y rastrera... Pensé que de sobremesa me daría la Madre otra lección como la que antes recibí de su inmenso saber de las cosas humanas. Pero quiso reservarse para otro momento, y cuando los humildes comensales se alejaron con respetuosa despedida, me estrechó y acarició la mano diciéndome: «Es hora de que vuelvas á tu casa,

Tito. No tardaré en avisarte para que vengas otro día. Adiós, hijo. Ya que vas á la fonda, hazme el favor de acompañar á esta buena señora, amiga mía, que va en la misma dirección y no conoce bien las calles.»

Cuando esto dijo vi que de la penumbra de la estancia salía una mujer enlutada, de buen talante y rostro severo, la cual llegóse á mí con reverencia como poniéndose á mis órdenes. Salimos, y al bajar al portal alumbrado por un brillante farolón, fijéme en la cara de aquella señora, recordando haberla visto en alguna parte. Poco después, mi memoria me dió la solución, y al instante me volví hacia la dama, diciéndole: «Me parece, señora, que tengo el honor de acompañar á *Doña Geografía*. Perdóneme que antes no la reconociera. Hicimos juntos el viaje desde...

—Me llamo Gertrudis—dijo ella con gracia,—y me dedico á la enseñanza de la Geografía. Confunde usted el nombre con la profesión.

—Es verdad—dije yo un poco turbado.—Pero bien seguro estoy de que es usted una de las damas consejeras de Floriana.

—No soy dama consejera; acompaño y sigo á Floriana, que fué mi discípula y hoy es maestra y señora mía. Cosas son éstas, don Tito, que no entiende usted ahora ni las entenderá en algún tiempo. Por esta noche, sólo me cumple decirle que nuestra excelsa *Doña Mariana* se ha valido del piadoso artificio de que vayamos juntos camino de la fonda, para que yo pueda advertir á usted que

ponga freno á su pasión por Floriana, y procure apartar de ella su pensamiento. Que para esto hay razones muy poderosas, fácilmente lo comprenderá usted...

—Dígame por Dios esas razones si no quiere dejarme en un dilema terrible: ó la desobediencia ó la muerte.

—No sea usted romántico, don Tito. Ya sabe usted que á la *Madre* no le gusta ese romanticismo dulzacho y un poquito enfermizo.

—Pero lo que usted acaba de decirme—exclamé con angustioso desconsuelo—¿es advertencia, ó es mandato riguroso?

—Mandato es rigurosísimo, irrevocable.»

En el momento en que yo quise protestar de esta bárbara sentencia, la extraña mensajera de la divina *Clio* desapareció de mi vista. Di algunos pasos, y un resplandor de luz verdosa me encandiló, dejándome después en tinieblas. Un corto rato estuve ciego. Poco á poco fuí distinguiendo los bultos, las casas... Palpando las paredes pude llegar con dificultad á mi alojamiento.

XXV

Historia lastimosa voy á contaros, lectores queridísimos, y empiezo requiriéndoos á concederme vuestra lástima y un piadoso interés por mí, pues se trata de incumbencias particulares, sin mezcla de ningún melindre po-